

PRÓLOGO

Lo que veo, principalmente, es que el materialismo no basta a la inmensa mayoría de las personas. Ellas están en busca de algo más”.

Georges Duby

(An 1000 an 2000. Sur les traces de nos peurs)

La humanidad se encuentra otra vez bajo el signo de un gran cambio. Como en todos los procesos liminares, aquí también la espera suscita una intensa auto-reflexión, individual y colectiva. Toda reflexión sincera y profunda, con todo, viene, necesariamente, acompañada de desilusiones. Algunas de ellas son directamente proporcionales a la magnitud del marco temporal, que en este caso, es del orden del milenio.

En los ciclos de la vida humana, de un modo general, el mediodía raras veces cumple las promesas de la aurora. El siglo XX, inaugurado bajo la égida de la creencia irrestricta en el progreso, con su ansia de transformar el mundo, presenta una retrospectiva desalentadora: cerca de doscientos millones de muertos en guerras, guerrillas, atentados terroristas y otras formas sistemáticas de agresión, vinculadas al crimen, en sus diversos avatares.

A lo largo de él han surgido innumerables modalidades de violencia. Muchas de ellas visibles, como la exclusión social y el desmantelamiento de los ecosistemas, los dos en una escala sin precedentes. Otras, aunque menos conspicuas, como, por ejemplo, el desmantelamiento de las instituciones, la dilución de las identidades locales y regionales, la progresiva erosión de los cuerpos intermedios de la sociedad; la disolución de los estados nacionales (por fragmentación o integración supranacional), la barajadura de las fronteras étnicas; el vaciamiento de las creencias, ritos y valores no son de menor importancia.

¿Cuáles y cuántas habrán sido las víctimas de ese desencantamiento macizo con las perspectivas de salvación por las conquistas tecnológicas, científicas, estéticas y morales del mundo moderno? ¿Las centenas de millones de personas privadas del confort material, para las cuales el *welfare state* no ha sido sino una más de las promesas no cumplidas de la modernidad? Ciertamente, si se da crédito a las palabras de Ortega y Gasset, de que solamente es posible ser feliz a la manera de su tiempo. Los excluidos del consumo, en una sociedad de consumo, contribuyen de forma decisiva para la masa crítica de frustrados y afligidos, cuyo resultado es un creciente malestar, sin otro remedio además de la siempre dudosa eficacia de las políticas sociales.

Esta sociedad, con todo, tampoco ha logrado complacer a los que, por otro lado, viene prodigando toda suerte de confort. Al contrario, sus más obvios beneficiarios no son sino otra categoría de infelices. Víctimas de una forma más amplia, sutil e indiscriminada de exclusión, estos aparentemente bien sucedidos, terminan, también ellos, bajo la especie de los angustiados, resentidos, sufridores, inquietos, desatentos, inhibidos, taciturnos, solitarios, sombríos y frívolos, por integrar la multitud de los insatisfechos, ya que,

pese a su afluencia material, llevan una vida sin confort interior. Son virtualmente prisioneros de una existencia privada de la indispensable plenitud moral y, por tanto, carente de cualquier sentido más profundo.

El Milenio, con sus ansiedades, temores y esperanzas es inevitablemente un tiempo de preguntas sobre fines y comienzos, sobre el sentido y el destino de la vida humana. Una época adecuada, por lo tanto, para, una vez más, buscar respuestas para la gran pregunta: ¿ Qué es el Hombre? ¿ Qué es la vida humana?

Mircea Eliade afirmaba que el “centro” de toda cultura es el concepto de la vida. Las más diversas sociedades, distintas y distantes, en el tiempo y en el espacio, coinciden, de forma sorprendente, en este sentido. El alimento, la fertilidad y la protección, contra los enemigos, las enfermedades y el hambre son, apenas, parte de la vida. La subsistencia, la salud física y la progenie, eventualmente la prosperidad o la riqueza, aunque necesarias, jamás han parecido a los hombres suficientes para garantizarla de modo adecuado.

Los seres humanos, en todas las épocas y culturas, han concebido un proyecto más amplio. Podríamos llamarlo de la busca de la vida plena. Para alcanzarla no bastaban la pujanza demográfica, la abundancia material, el abrigo contra los elementos y la protección contra los infortunios. La idea de la plenitud implica, aún, y, a lo mejor, sobre todo, en una longevidad vigorosa, no solamente del cuerpo, como también del espíritu, tanto en este como en el otro mundo.

Es esta la idea de la vida, tal como podemos descubrirla, tanto en los textos védicos, contenida en la categoría *amrita*, como en la mitología nahua, donde se encarna en el personaje divino Quetzalcoatl; como, aún, en ciertas cosmologías africanas, que la circunscriben con la noción del axé. En todas ellas, la vitalidad se concibe como un gradiente. Vida es algo que se tiene más o menos. Descendencia, prosperidad, salud física, buena fortuna y prospectos alentadores, en el plan social y espiritual, la hacen tender a la plenitud. Carencias, en cualquiera de esas varias dimensiones, la llevan a la decadencia, comprometiendo, así, el más osado de los anhelos humanos, la posible perennidad de la existencia.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, a lo largo de acaloradas polémicas, los padres fundadores del pensamiento social moderno legitimaron, científicamente, la tesis de la unidad psíquica de la especie humana. Luego, la escuela sociológica francesa, bajo la égida de Durkheim y Mauss, estableció la convicción de que todos los hechos sociales son hechos psíquicos, representaciones presentes en la conciencia del individuo o de la colectividad.

Esos dominios, aunque distintos, se presentan, por tanto, interconectados, hecho del cual deriva, en el ámbito de la reflexión antropológica, toda la problemática de las relaciones entre los individuos y la sociedad. Y, en su ámbito, la pregunta respecto a la naturaleza de esas relaciones, la polémica entre la sociogénesis y la psicogénesis de los hechos sociales; la cuestión respecto a la construcción de la subjetividad y con ella la discusión en torno a la personalidad y sus vínculos con la estructura social y

la cultura, rico filón, explorado por los culturalistas americanos.

El considerable esfuerzo, en distintos frentes y con variadas estrategias, no ha conseguido, sin embargo, disipar las relaciones de indeterminación vigentes en el centro de esa polaridad. Entre ese par de opuestos existe indudablemente una corriente de tensión; mejor, quizás, sería decir *ad-tensión*, o sea, una tensión de la conciencia, dirigida, como un rayo de luz, en dirección al otro polo.

A veces es como si el avatar de una antigua y poderosa metáfora nos atrajera irresistiblemente, manteniéndonos, aún, bajo su fascinio. Macrocosmo y microcosmo: ¿Cuáles son sus mútuas correspondencias? ¿Quién sirve de modelo a quién? ¿Construcción social de la *persona*, o *personae* construyendo el universo social? ¿De quién es la primacía?

La valoración positiva de la creatividad, tan notable entre los modernos, nos llevaría a creer en la existencia efectiva de la libertad de la persona. Y, con todo, la insistencia discursiva parece más la busca de un contrapeso, para los enormes constreñimientos anónimos a que están sometidos los individuos en la sociedad de nuestro tiempo.

En efecto, entre los innumerables inventos del siglo XX se encuentra todo un elenco de recursos, elaborado por diferentes instancias sociales, o bajo el auspicio de algunas de ellas, para amoldar los corazones y las mentes de sus miembros: reflejos condicionados, lavado de cerebro, guerra psicológica; influencia subliminal; control de lo imaginario; ingeniería comportamental; información dirigida; hipnosis instantánea y programación neurolingüística. Gracias al desarrollo y constante expansión de esa parafernalia, concluye el filósofo brasileño Olavo de Carvalho, el siglo XX no se ha notabilizado tanto por la ideología, por la física atómica o por la informática, cuanto por la "omnipresencia de la manipulación de la mente, en la vida contemporánea", hecho que le sugiere una pregunta inquietante: ¿No es antes más probable [que la conservación de las facultades intuitivas y valorativas intactas] que la humanidad así manipulada, entontecida, ludibriada veinticuatro horas por día, termine por entrar en un estado crónico de autoengaño?".

Sin desconsiderar, ciertamente, cuanto se ha mentido a los hombres, en escala planetaria, no nos debemos olvidar que también los hombres mienten, respecto a sí mismos, no sólo unos a los otros, pero sobre todo a sí mismos. Son, por tanto, de alguna manera cómplices, cuando no fieles, del culto universal del autoengaño, entregados al perverso ritual de sus neurosis, de las que son al mismo tiempo víctimas, porque sufren sus consecuencias, y verdugos, porque las alimentan. Y esta parece ser la verdadera fuente de todos los dramas de la existencia, en virtud de lo que la gran mayoría de los seres humanos permanece condenada a lo que Emerson calificaba de "*a life of quiet desperation*".

El Dr. Claudio Naranjo ha volcado sus estudios, su sensibilidad, su competencia terapéutica y sus energías para el perfeccionamiento de un antídoto eficaz, contra esta no siempre muda desesperación. *El Eneagrama de la Sociedad. Males del Mundo, Males del Alma* es un fruto reciente de toda una existencia consagrada a la que es, por cierto, la mayor y la más

perenne de las aventuras: la conquista interior; el conocimiento y el dominio de sí mismo.

En este libro primoroso, surge, una vez más, este algoritmo de caracterología, que ha venido para el Occidente, en el equipaje de Gurdjeff, en 1917, y se ha tornado conocido, desde entonces, bajo el nombre de Eneagrama, dispositivo de autoconocimiento, que debe al Dr. Naranjo aportes decisivos, tanto en términos conceptuales, como en sus aplicaciones de carácter terapéutico.

De esta vez, con todo, no se consagra sólo a la hermenéutica de ese mapa de las aberraciones éticas del alma humana individual. Para más allá de sus peculiaridades, las considera en el ámbito de las relaciones amorosas, expresión paradigmática de este universo antropológico que es el principio de la reciprocidad. No contento con eso, sin embargo, Claudio Naranjo encierra el libro con un ensayo de crítica social, tomando las psicopatologías del carácter individual - los males del alma - como punto de vista privilegiado para la identificación de sus congéneres, en el plan social - los males del mundo.

El argumento, magistral en su ejecución y osadía, tiene todo para atraer la atención, no sólo de los interesados (en su propia causa o ajena) en los secretos del alma humana, como también la de aquellos que se vuelcan para los objetos simbólicos, con una mirada antropológica. Estos últimos, principalmente, podrán, a propósito de este trabajo del Dr. Claudio Naranjo, considerar y discutir hipótesis bastante provocativas. Una de ellas, ciertamente la más desafiadora, es la de que, en el caso del Eneagrama, nos encontremos frente a un dispositivo general de organización de la experiencia humana; frente a una especie de universal antropológico. La otra propone reconsiderar, a partir de él, una posible homología entre el hombre y su universo social.

Sean cuales fueren los destinos y las conclusiones de esa investigación, *El Eneagrama de la Sociedad*, más que material para la actividad especulativa, se nos presenta como una invitación a la reconstrucción del mundo, empezando por nuestra propia transformación en seres capaces de asumir responsabilidad por nuestros propios actos, externos o internos, condición indispensable a toda veleidad de autotranscendencia, y así, a la busca consecuente del ideal de la vida plena

Arno Vogel

Río de Janeiro, 04 de diciembre de 2000.